THE MARRIAGE

Ferdinando Frega - Nando the Scribe



Gillettenarrative.com

GILLETTE: EL MATRIMONIO

Gillette Audio — Nando el Escriba — gillettenarrative.com

Nunca estuve hecho para los formatos. Ni al nacer, ni a los 61. Mis pensamientos siempre han marchado en línea recta hacia la acción, y las palabras que quedaban atrás sobrevivían solo como ecos —un tono, un gesto, un silencio que decía más que la frase—.

Y empezó cuando miraba a las parejas de principios del siglo XX. Matrimonios sólidos, vidas largas, y traiciones gestionadas con la filosofía más antigua jamás inventada: si el corazón no lo ve, el ojo no duele. Entonces engañar era una inversión familiar. Los hijos eran el subproducto, el trabajo era el destino, y las bodas el único gasto real —los sobres pagaban la fiesta, el resto corría por cuenta de la pareja—. Dicen que era porque no había televisión. Ni programas de debate. Ni distracciones. Solo comida, intimidad, y la verdad primitiva de ser humanos.

Entonces, ¿qué hice yo? Empecé a casarme. En todas partes.

Polonia, 1985. La fase previa a la boda era una obra maestra: ella te daba todo, los parientes te adoraban, y todos sonreían porque sabían que después de la ceremonia… estabas solo durante los siguientes 50 años.

Y como me criaron ocho años en un internado católico, insistí en dos fases: primero el rito espiritual, los papeles legales después. Mucho después. Demasiado tarde. En realidad… nunca.

Entre 1985 y 1992, el mundo creyó que me había casado casi tres veces. Los ritos eran perfectos. ¿La parte legal? Yo siempre estaba “no disponible”.

Luego la vida hizo lo que la vida hace siempre: me mandó a una mujer que vivía a cien metros de mi casa. Rompió el sistema. Se casó conmigo convencida de que era idea mía. La dejé creerlo. Porque perder ante ella me parecía la única victoria verdadera. Resultado: tres hijos, treinta y tres años de matrimonio.

Pero la historia no termina ahí. Entre 1995 y 2015 coleccioné once matrimonios simbólicos más por todo el mundo. Mismo rito, misma magia, misma huida. La gente no me creía. Sigue sin creerme.

Y un día entendí algo simple: no podía casarme con todas las mujeres de la tierra. No podía quedármelas a todas. Pero podía quedarme los momentos. De uno en uno. Porque las mujeres —todas— siempre han sido superiores a nosotros los hombres.

Y aquí sigo, todavía intentando conquistarlas, un momento a la vez. Porque ese es el único matrimonio en el que he creído honestamente.

Nando